

MILLÁN PUELLES, Antonio: *La estructura de la subjetividad*. Rialp, Madrid, 1967.

El no presentar ninguna cita marginal, cuando tan imponente es la cantidad de obras de carácter gnoseológico en los últimos tiempos, parece significar por parte de Millán Puelles un deseo de afirmación propia, y dota a la obra de un definitivismo y de una madurez como hasta ahora no se conocía en la intención del autor.

Realizada, con todo, desde una perspectiva kantiano-fenomenológica (enlazando así con su tesis doctoral *El problema del ente ideal*, cuyas tesis no abandona, sino que desarrolla en buena parte), sin embargo muchas de las soluciones a ese diálogo son neoescolásticas, y a veces meramente escolásticas, cuando el autor, con una buena base en la tradición, así lo considera. Digamos, por tanto, que el libro responde a una puesta al día de la tradición, que incorpora lo que la filosofía moderna y contemporánea logra como definitivo.

La parte introductoria, trívio acerca del error, está enlazada de manera muy lograda con el cuerpo de la obra, y se resume así: la estructura del ente finito, o mejor, la estructura de la subjetividad es tauto-heterológica, subviniendo a una necesidad de apertura al Ser y a los entes desde la contingencia de un espíritu encarnado, que ni es carne ni espíritu meramente, y por ello ni mera apertura, ni sola clausura. Este carácter bivalente del hombre le hace consecretario del error, que adviene cuando el sujeto se reifica, cosificación producida por el contacto con la realidad. Este contacto, siendo lo primigenio y lo más evidente, es la condición de posibilidad del error. La tensión natural a la realidad transubjetiva es causa del naturalismo cósmico del sujeto que se equivoca.

Ya aquí puede concluirse una de las más importantes tesis: lejos de recaer en el transcendentalismo de un Husserl, afirma que la subjetividad se trasciende en virtud de la "enérgueia" de la realidad que irrumpe en la conciencia. Se puede apreciar el giro a la tesis husserliana, para quien "nada puede entrar en" la conciencia, como bien señala Sartre en sus comentarios a la intencionalidad. Se insiste, por otra parte, repetidamente en el presente libro sobre el "ergriffen werden", actitud postulada y acto seguido abandonada por Husserl. Es pues el carácter pasivo-activo más que activo-pasivo, sin por ello recaer en un ingenuo naturalismo, desde el momento en que el error es considerado como reiformidad de la subjetividad que no analiza suficientemente su carácter posicional en rela-

ción con los datos a los que se iguala, el que define la operatividad de la conciencia. Ello no es una "contradictio", si examinamos bien el problema del "nous" aristotélico, cuya *actio* es en parte una *passio*. De ahí que el presente de la subjetividad sea la presencia de la realidad intencionada, como se examina en la segunda parte: el trascender intencional, que analiza desde una perspectiva integrista: intelectual, volitivo, el trascender de la finitud angustiada. Al pasar previamente una especie de revista histórica a algunas formas de trascendencia, deja claro Millán su dominio de la historia. Y sus soluciones vienen, como decíamos al principio, a recalar en la tradición: no sólo en la distinción entre juicios elícitos e imperados para el problema del error y la fluxión entre la inteligencia y la voluntad, sino también a la hora de decidir si la conciencia necesita o no de una capa que sustienda a cada cogitatio concreta, Millán se inclina por la solución clásica: el identificar el pensamiento con la existencia del espíritu equivaldría a disolver en la tendencia al ser de la sustancia, comprometiendo en la diversidad de sus intenciones la unidad de identidad de la conciencia (sin embargo, en este punto a veces se muestra husserliano, y no queda bien definida la situación).

La tercera y última parte del libro versa, como decíamos al principio, sobre la intimidad que se trasciende como persona desde una autología finita, con una inadecuación apriórica: el cuerpo humano, que busca la adecuabilidad.

La terminología y el grado de madurez de la obra son, por todo, un intento de búsqueda muy meritorio, que a la vez trata de apuntar soluciones, tras largos años de reflexión sobre los problemas.

CARLOS DÍAZ HERNÁNDEZ